

LA FLECHA DE VALENTINE

—¿Sigues estando furioso?

Alec, recostado en la pared del ascensor, lanzó una mirada iracunda a Jace.

—No estoy furioso.

—Ah, sí lo estás.

Jace hizo un gesto acusador a su hermanastro, luego dio un grito de dolor al sentir una fuerte punzada en el brazo.

Tenía todo el cuerpo dolorido por los violentos golpes que había recibido aquella tarde al caer tres pisos a través de unos suelos de madera podrida y aterrizar sobre un montón de chatarra. Hasta tenía los dedos magullados. Alec, que hacía muy poco que había dejado las muletas que había tenido que usar tras la pelea con Abbadon, tenía un aspecto comparable a lo mal que se sentía Jace. Su ropa estaba cubierta de barro y los cabellos le colgaban en mechones lacios y sudorosos. Un largo corte le descendía por el borde de la mejilla.

—No lo estoy —insistió Alec, apretando los dientes—. Sólo porque tu dijeras que los demonios dragones estaban extintos...

—Dije que estaban extintos en su mayoría.

Alec le señaló con el dedo.

—Extintos en su mayoría —replicó con la voz temblándole de ira— es NO LO BASTANTE EXTINTOS.

—Entiendo —repuso Jace—, pues haré que cambien lo que pone en el libro de texto de demonología, de «casi extintos» a «no lo bastante extintos para Alec. Él prefiere a sus monstruos realmente, realmente extintos». ¿Contento?

—Chicos, chicos —intervino Isabelle, que había estado examinándose el rostro en la pared de espejo del ascensor—. No os peleéis. —Se apartó del espejo con una sonrisa radiante—. Muy bien, hubo un poco más de acción de la que nos esperábamos, pero a mí me ha parecido divertido.

Alec la miró y meneó la cabeza.

—¿Cómo te las arreglas para no mancharte nunca de barro?

Isabelle se encogió de hombros con un gesto filosófico.

—Soy pura de corazón. Repele la mugre.

Jace lanzó tal risotada que ella lo miró con cara de pocos amigos. Él agitó los dedos cubiertos de barro en su dirección. Las uñas eran medias lunas negras.

—Mugrienta por dentro y por fuera.

Isabelle estaba a punto de replicar cuando el ascensor se detuvo con un chirrido de frenos.

—Ya es hora de hacer que arreglen esto —comentó mientras abría violentamente la puerta.

Jace salió tras ella al vestíbulo, con ganas ya de desprenderse de la armadura y las armas y darse una ducha caliente. Había convencido a sus hermanastros para que salieran de caza con él, a pesar de que ninguno de ellos se sentía totalmente a gusto saliendo solo ahora que Hodge ya no estaba allí para darles instrucciones. Pero Jace había deseado la inconsciencia de la lucha, la dura diversión de matar y la distracción de las heridas. Ellos le habían acompañado, arrastrándose por mugrientos túneles de metro abandonados hasta que encontraron al demonio dragonidae y lo mataron. Los tres trabajando juntos en perfecta sincronía, como siempre lo habían hecho.

Jace se bajó la cremallera de la cazadora, se la sacó y la colgó de uno de los ganchos de la pared. Alec se había sentado en un banco bajo de madera junto a él, y estaba quitándose las botas cubiertas de barro mientras tarareaba desafinando por lo bajo para hacer saber a Jace que en realidad no estaba tan molesto. Isabelle se quitaba las horquillas de la larga melena oscura, dejándola caer.

—Estoy hambrienta —dijo—. Ojalá mamá estuviera aquí para cocinarnos algo.

—Es mejor que no esté —repuso Jace mientras se desabrochaba el cinturón de las armas—. Ya nos estaría chillando por cómo hemos dejado de sucias las alfombras.

—En eso tienes razón —dijo una voz fría. Jace se volvió en redondo, con las manos aún en el cinturón, y vio a Maryse Lightwood en la entrada con los brazos cruzados.

Maryse llevaba un adusto traje negro de viaje, y los cabellos, negros como los de Isabelle, estaban recogidos en una gruesa cola que le colgaba hasta la mitad de la espalda. Sus ojos, de un azul glacial, pasaron raudos sobre los tres jóvenes como un reflector de rastreo.

— Mamá!

Isabelle, recuperando la compostura, corrió hacia su madre para abrazarla. Alec se puso en pie y se unió a ellas, intentado ocultar su cojera.

Jace permaneció donde estaba. Algo en los ojos de Maryse lo había dejado paralizado cuando su mirada había pasado sobre él. Lo que había dicho no era tan malo, ¿no? Siempre bromeaban sobre su obsesión por las alfombras antiguas...

—¿Dónde está papá? —preguntó Isabelle, apartándose de su madre—. ¿Y Max?

Se produjo una pausa casi imperceptible.

—Max está en su habitación —contestó finalmente Maryse—. Y vuestro padre, por desgracia, sigue en Alacante. Había cierto asunto allí que requería su atención.

Alec, por lo general más sensible a los estados de ánimo que su hermana, pareció vacilar.

—¿Todo bien?

—Yo sí que podría preguntarte eso. —El tono de su madre era seco—. ¿Cojeas?

—Bueno...

Alec mentía fatal, así que Isabelle acudió en su rescate, sin alterarse.

—Hemos tenido un pequeño roce con un demonio dragonidae en los túneles del metro. Pero no ha sido nada.

—¿Y supongo que el Demonio Mayor con el que os enfrentasteis la semana pasada tampoco fue nada?

Incluso Isabelle calló ante aquello. Miró a Jace, quien deseó que no lo hubiese hecho.

—Eso no estaba planeado —contestó éste.

Jace estaba teniendo problemas para concentrarse. Maryse no le había saludado aún, no le había dicho ni hola siquiera, pero seguía mirándole con ojos que eran como dagas azules. Empezó a notar una sensación de vacío en la boca del estómago, que se iba intensificando. Ella jamás le había mirado de ese modo antes, hubiese hecho lo que hubiese hecho.

—Fue un error...

— Jace!

Max, el más joven de los Lightwood, se coló por el lado de Maryse y entró como una exhalación en la sala, esquivando la mano de su madre, que intentaba agarrarle.

— Has vuelto! Todos habéis vuelto. —Giró sobre sí mismo, sonriendo triunfal a Alec y a Isabelle—. Me había parecido oír el ascensor.

—Y a mí me parece que te dije que te quedaras en tu habitación —replicó Maryse.

—No lo recuerdo —respondió Max, con una seriedad que hizo sonreír incluso a Alec.

Max era pequeño para su edad —parecía tener unos siete años—, pero poseía una reservada circunspección que, combinada con sus gafas descomunales, le proporcionaba el aire de alguien mayor. Alec le alborotó los cabellos, pero Max seguía mirando a Jace con ojos brillantes. Jace sintió que el frío puño que le estrujaba el estómago se relajaba un poco. Max siempre le había idolatrado como no lo hacía con Alec, probablemente porque Jace era muchísimo más tolerante con la presencia del pequeño.

—He oído que peleaste con un Demonio Mayor —dijo Max—. ¿Fue formidable?

—Fue... diferente —respondió Jace evasivo—. ¿Qué tal Alacante?

—Eso sí que fue formidable. Vimos las cosas más fabulosas. Tienen un arsenal enorme, y me llevaron a algunos de los lugares donde fabrican las armas. También me enseñaron un modo nuevo de fabricar cuchillos serafín, para que duren más, y voy a intentar conseguir que Hodge me enseñe...

Jace no pudo evitarlo; los ojos se le fueron al instante hacia Maryse, con una expresión incrédula. ¿Así que Max no sabía lo de Hodge? ¿No se lo habían contado?

Maryse vio su expresión, y los labios se le afinaron en una línea delgada como un cuchillo.

—Ya es suficiente, Max —ordenó, y agarró a su hijo menor del brazo.

Éste echó la cabeza hacia atrás para mirarla sorprendido.

—Pero estoy hablando con Jace...

—Ya lo veo. —Le empujó con suavidad hacia Isabelle—. Isabelle, Alec, llevad a vuestro hermano a su habitación. Jace —había tensión en la voz de Maryse cuando pronunció su nombre, como si un ácido invisible secara las sílabas en su garganta—, límpiate y reúnete conmigo en la biblioteca tan pronto como puedas.

—No lo entiendo —intervino Alec, pasando la mirada entre su madre y Jace—. ¿Qué es lo que sucede?

Jace podía notar que un sudor frío empezaba a correrle por la columna vertebral.

—¿Tiene esto que ver con mi padre? —preguntó.

Maryse se estremeció dos veces, como si las palabras «mi padre» hubiesen sido dos bofetones separados.

—La biblioteca —dijo con los dientes apretados—. Discutiremos el asunto allí.

—Lo que ha pasado mientras no estabais no ha sido culpa de Jace —intervino Alec—. Todos estuvimos metidos en ello. Y Hodge dijo...

—También hablaremos sobre Hodge más tarde.

Los ojos de Maryse estaban puestos en Max, y el tono de su voz era de advertencia.

—Pero, madre —protestó Isabelle—, si vas a castigar a Jace, deberías castigarnos a nosotros también. Sería lo justo. Todos hemos hecho exactamente lo mismo.

—No —repuso Maryse tras una pausa tan larga que Jace pensó que tal vez no iba a decir nada en absoluto—. No lo habéis hecho.

—Regla número uno del anime —dijo Simon. Estaba sentado recostado sobre un montón de almohadones al pie de la cama, con una bolsa de patatas fritas en una mano y el control remoto del televisor en la otra. Llevaba una camiseta negra en la que ponía I BLOGGED YOUR MOM y unos vaqueros con un agujero en una rodilla—. Nunca fastidies a un monje ciego.

—Lo sé —respondió Clary tomando una patata frita y remojándola en el bol de salsa que se mantenía en equilibrio sobre la mesilla situada entre ambos—. Por algún motivo siempre son luchadores mucho mejores que los monjes que pueden ver. —Miró detenidamente la pantalla—. ¿Están bailando esos tipos?

—Eso no es bailar. Están intentando matarse el uno al otro. Éste es el tipo que es el enemigo mortal del otro tipo, ¿recuerdas? Él mató a su padre. ¿Por qué tendrían que estar bailando?

Clary masticó la patata y contempló meditabunda la pantalla, en la que unos remolinos de nubes rosas y amarillas ondulaban entre las figuras de dos hombres alados, que flotaban el uno alrededor del otro, aferrando cada uno una lanza refulgente. De vez en cuando, uno de ellos hablaba, pero como estaba todo en japonés con subtítulos en chino, no quedaba demasiado claro.

—El tipo del sombrero —inquirió ella—. ¿Era el malo?

—No, el del sombrero era el padre. Era el emperador mágico, y aquél era su sombrero de poder. El malo era el de la mano mecánica que habla.

Sonó el teléfono. Simon dejó la bolsa de patatas y fue a levantarse para contestar. Clary le puso una mano en la muñeca.

—No. Deja que suene.

—Pero podría ser Luke. Podría estar llamando desde el hospital.

—No es Luke —afirmó Clary, con mayor seguridad de la que sentía—. Él llamaría a mi móvil, no a tu casa.

Simon la miró durante un largo rato antes de volver a dejarse caer en la alfombra junto a ella.

—Si tú lo dices.

Ella percibió la duda en su voz, pero también el compromiso no pronunciado: «Sólo quiero que seas feliz». No estaba segura de que «feliz» fuese precisamente como podría sentirse en esos momentos, con su madre en el hospital enganchada a tubos y máquinas que pitaban, y con Luke como un zombi, desplomado en la silla de plástico rígido junto a su cama. Tampoco preocupándose como se preocupaba todo el tiempo por Jace, ni cogiendo el teléfono una docena de veces para llamar al Instituto antes de volver a colgar el auricular, sin marcar el número. Si Jace quería hablar con ella, podía llamarla él.

Quizá había sido un error llevarle a ver a Jocelyn. Había estado tan segura de que si su madre podía oír la voz de su hijo, de su primogénito, se despertaría. Pero no lo había hecho. Jace había permanecido rígido e incómodo junto a la cama, con el rostro como el de un

ángel pintado, y los ojos vacuos e indiferentes. Finalmente, Clary había perdido la paciencia y le había gritado, y él le había respondido también con gritos antes de irse hecho una furia. Luke le había contemplado marcharse con una especie de interés clínico en su exhausto rostro.

—Es la primera vez que os he visto actuar como hermano y hermana —había comentado.

Clary no había contestado. De nada hubiera servido decirle lo mucho que deseaba que Jace no fuese su hermano. No podía arrancarse su propio ADN por mucho que deseara hacerlo. Por mucho que eso fuera a hacerla feliz.

Pero incluso si no podía controlar lo de ser feliz, se dijo, al menos allí, en casa de Simon, en su dormitorio, se sentía cómoda y a gusto. Le conocía el tiempo suficiente como para recordar que tuvo una cama en forma de camión de bomberos y LEGO amontonados en un rincón de la habitación. En la actualidad, la cama era un futón con un edredón acolchado de brillantes listas de colores, que le había regalado su hermana, y las paredes estaban empapeladas con pósters de grupos como Rock Solid Panda y Stepping Razor. Había una batería metida en el rincón donde habían estado los LEGO y un ordenador en la otra esquina, la pantalla congelada aún con una imagen de World of Craft. Le resultaba casi tan familiar como estar en su propio dormitorio en su casa... que ya no existía, así que al menos esto era lo mejor que le quedaba.

—Más chibis —indicó Simon con pesimismo.

Todos los personajes de la pantalla se habían convertido en versiones infantiles de dos centímetros y medio de sí mismos, y se perseguían unos a otros agitando cacerolas y sartenes.

—Voy a cambiar el canal —anunció Simon, cogiendo el mando—. Estoy harto de este anime. No tengo ni idea de cuál es el argumento y nunca se acuesta nadie con nadie.

—Por supuesto que no lo hacen —dijo Clary mientras cogía otra patata frita—. El anime es una diversión familiar sana.

—Si estás de humor para una diversión menos sana, podríamos probar los canales porno —comentó Simon—. ¿Prefieres ver *Las brujas del pecho ardiente* o *Acostándome con Dianne*?

— Dame eso!

Clary intentó agarrar el mando, pero Simon, riendo entre dientes, ya había cambiado a otro canal.

Las carcajadas se interrumpieron bruscamente. Clary alzó los ojos sorprendida y le vio contemplando el televisor con mirada vacante. Daban una vieja película en blanco y negro: *Drácula*. Ella ya la había visto, con su madre. Bela Lugosi, delgado y pálido, aparecía en la pantalla envuelto en la familiar capa de cuello alzado, los labios abiertos en una mueca que dejaba ver sus afilados colmillos.

—Nunca bebo... vino —salmodió con su fuerte acento búlgaro.

—Me encanta que las telarañas estén hechas de goma —comentó Clary, intentando quitarle importancia—. Se ve claramente.

Pero Simon ya se había puesto en pie, dejando caer el mando sobre la cama.

—Vuelvo en seguida —musitó.

Tenía el rostro del color del cielo invernal justo antes de llover. Clary le contempló marchar, mordiéndose el labio con fuerza; era la primera vez desde que su madre estaba en el hospital que reparaba en que quizá Simon tampoco se sentía demasiado feliz.

Mientras se secaba el cabello con una toalla, Jace contempló su reflejo en el espejo con una mueca burlona. Una runa curativa se había ocupado de las peores magulladuras, pero no había servido de nada para las sombras que tenía bajo los ojos ni para las tensas líneas de las comisuras de los labios. Le dolía la cabeza y se sentía ligeramente mareado. Sabía que debería haber comido algo esa mañana, pero se había despertado con náuseas y jadeando por culpa de las pesadillas, sin querer parar para comer, deseando tan sólo la liberación de la actividad física, quemar sus sueños con cardenales y sudor.

Arrojó la toalla a un lado y pensó con nostalgia en el dulce té negro que Hodge solía preparar con las flores que se abrían de noche en el invernadero. Ese té le eliminaba las punzadas del hambre y le proporcionaba una rápida oleada de energía. Desde la muerte de Hodge, Jace había intentado hervir las hojas de las plantas en agua, para ver si podía obtener el mismo efecto, pero el único resultado fue un líquido amargo con regusto a ceniza que le provocó arcadas.

Descalzo, entró silenciosamente en el dormitorio y se puso unos vaqueros y una camiseta limpia. Se echó hacia atrás los húmedos cabellos rubios, frunciendo el ceño. Los llevaba demasiado largos y le caían sobre los ojos; algo sobre lo que seguro que Maryse le regañaría. Siempre lo hacía. Tal vez no fuera el hijo biológico de los Lightwood, pero lo trataban como uno desde que lo habían adoptado a los diez años, tras la muerte de su propio padre. La «supuesta» muerte, se recordó Jace, mientras aquella sensación de vacío en las tripas resurgía otra vez. Durante los últimos días, se había sentido como una calabaza ahuecada de Halloween, como si le hubiesen arrancado las tripas con un tenedor y las hubieran arrojado a la basura mientras seguía con una amplia sonrisa fija en su rostro. A menudo se preguntaba si algo de lo que había creído sobre su vida, o sobre sí mismo, habría sido alguna vez verdad. Había pensado que era huérfano: no lo era. Había pensado que era hijo único: tenía una hermana.

Clary. El dolor regresó, más fuerte. Lo reprimió. Sus ojos fueron a posarse en el pedazo de espejo roto que descansaba sobre el tocador, reflejando aún ramas verdes y un diamante de cielo azul. Ahora era casi el crepúsculo en Idris: el cielo estaba oscuro como el cobalto. Atragantándose con la sensación de vacío, se calzó violentamente las botas y se marchó escalera abajo hacia la biblioteca.

Mientras descendía con un repiqueteo de tacones por los peldaños de piedra, se preguntó qué era exactamente lo que Maryse quería decirle a solas. Le había mirado como si quisiera armarse de valor y abofetearle. Ni recordaba la última vez que ella le había puesto la mano encima. Los Lightwood no eran partidarios del castigo

corporal; todo un cambio a ser educado por Valentine, que había ideado toda clase de castigos dolorosos para fomentar la obediencia. La piel de cazador de sombras de Jace siempre se había curado, cubriéndolo todo excepto las peores señales. En los días y semanas que siguieron a la muerte de su padre, Jace recordaba haberse registrado el cuerpo en busca de cicatrices, de alguna marca que fuera un recuerdo, una recordatorio que lo atara físicamente a la memoria de su padre.

Llegó a la biblioteca y llamó una vez antes de empujar la puerta para abrirla. Maryse estaba allí, sentada en el viejo sillón de Hodge junto al fuego. La luz penetraba a raudales a través de las ventanas altas, y Jace pudo verle algunas canas en el pelo. Sostenía un vaso de vino tinto, y había una licorera de cristal tallado sobre la mesa, a su lado.

—Maryse —dijo Jace.

Ella se sobresaltó un poco, derramando algo de vino.

—Jace. No te oí entrar.

Él no se movió.

—¿Recuerdas aquella canción que les cantabas a Isabelle y a Alec... cuando eran pequeños y tenían miedo de la oscuridad, para que se durmieran?

Maryse pareció desconcertada.

—¿De qué estás hablando?

—Solía escucharte a través de las paredes —contestó él—. El dormitorio de Alec estaba junto al mío.

Ella no dijo nada.

—Era en francés —siguió Jace—. La canción.

—No sé por qué recuerdas algo así. —Le miró como si le acusara de algo.

—A mí nunca me la cantaste.

Hubo una pausa apenas perceptible.

—Ah, tú —dijo Maryse luego—. Tú nunca tuviste miedo a la oscuridad.

—¿Qué clase de niño de diez años no le tiene nunca miedo a la oscuridad?

La mujer enarcó las cejas.

—Siéntate, Jonathan —le ordenó—. Ahora.

Justo lo bastante despacio como para irritarla, Jace cruzó la habitación y se dejó caer en uno de los sillones orejeros que había junto al escritorio.

—Preferiría que no me llamaras Jonathan.

—¿Por qué no? Es tu nombre. —Maryse le contempló pensativa—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—¿Saber qué?

—No seas estúpido. Sabes exactamente lo que te estoy preguntando. —Hizo girar el vaso en los dedos—. ¿Cuánto hace que sabes que Valentine es tu padre?

Jace consideró y desechó varias respuestas. Por lo general, con Maryse podía salirse con la suya haciéndola reír. Él era una de las únicas personas en el mundo que podían hacerla reír.

—Más o menos el mismo que tú.

Maryse negó lentamente con la cabeza.

—No me lo creo.

Jace se irguió muy tieso en su asiento. Tenía los puños apretados allí donde descansaban sobre los brazos del sillón. Pudo verse un leve temblor en los dedos y se preguntó si lo había tenido alguna vez antes. No lo creía. Sus manos siempre habían sido tan firmes como el latido de su corazón.

—¿No me crees?

Oyó la incredulidad de su propia voz y se estremeció por dentro. Desde luego que ella no le creía. Eso había sido evidente desde el momento en que había llegado a casa.

—No tiene sentido, Jace. ¿Cómo podías no saber quién era tu padre?

—Me dijo que era Michael Wayland. Vivíamos en la casa de campo de los Wayland...

—Un buen detalle ése —dijo Maryse—. ¿Y tu nombre? ¿Cuál es tu auténtico nombre?

—Tú sabes mi auténtico nombre.

—Jonathan Christopher. Sabía que ése era el nombre del hijo de Valentine. Sabía que Michael tenía un hijo que también se llamaba Jonathan. Es un nombre muy común entre los cazadores de sombras... y jamás me extrañó que lo compartieran, y en cuanto al segundo nombre del hijo de Michael, nunca se lo pregunté. Pero ahora no puedo evitar preguntármelo. ¿Cuál era el auténtico segundo nombre del hijo de Michael Wayland? ¿Cuánto tiempo había estado planeando Valentine lo que iba a hacer? ¿Desde cuándo sabía que iba a asesinar a Jonathan Wayland...? —Se interrumpió con los ojos clavados en Jace—. Jamás te pareciste a Michael, ¿sabes? —siguió—. Pero a veces los hijos no se parecen a sus padres. Nunca lo pensé antes. Pero ahora puedo ver a Valentine en ti. El modo en que me miras. Ese desafío. No te importa lo que diga, ¿verdad?

Pero sí le importaba. Lo que sí hacía muy bien era asegurarse de que ella no se diera cuenta.

—¿Y habría alguna diferencia si me importara?

Maryse dejó el vaso sobre la mesa. Estaba vacío.

—Y respondes a las preguntas con más preguntas para confundirme, como siempre hacía Valentine. Quizá debería haberlo sabido.

—Quizá nada. Soy exactamente la misma persona que he sido durante los últimos siete años. Nada ha cambiado en mí. Si no te recordé a Valentine entonces, no veo por qué debería recordártelo ahora.

Maryse apartó la mirada de él como si no soportara mirarle directamente.

—Pero sin duda, cuando hablábamos sobre Michael, tenías que saber que no podíamos estar refiriéndonos a tu padre. Las cosas que decíamos sobre él jamás podrían haberse dicho de Valentine.

—Decíais que era un buen hombre. —La cólera se retorció en su interior—. Un cazador de sombras valiente. Un padre amante. Me parecía bastante exacto.

—¿Qué hay de las fotografías? Debes de haber visto fotografías de Michael Wayland y comprendido que no era el hombre al que llamabas padre. —Se mordió el labio—. Ayúdame con esto, Jace.

—Todas las fotografías se destruyeron en el Levantamiento. Eso es lo que vosotros me dijisteis. Ahora me pregunto si no sería porque Valentine las hizo quemar para que nadie supiese quién estaba en el Círculo. Jamás he tenido una fotografía de mi padre —respondió Jace, y se preguntó si sonaría tan resentido como se sentía.

Maryse se llevó una mano a la sien y se la masajeó como si le doliera la cabeza.

—No puedo creer esto —dijo como para sí—. Es de locos.

—Entonces no lo creas. Créeme a mí —replicó Jace, y sintió que el temblor de las manos le aumentaba.

Ella dejó caer la mano.

—¿No piensas que quiero hacerlo? —inquirió, y por un momento él oyó en su voz el eco de la Maryse que había entrado en su dormitorio una noche cuando él tenía diez años y tenía la vista fija en el techo sin una lágrima, pensando en su padre..., y que se había sentado junto a su cama hasta que él se había dormido, justo antes del amanecer.

—Yo no lo sabía —repitió Jace—. Y cuando me pidió que regresara con él a Idris, dije no. ¿Es que no cuenta eso?

Ella volvió la cabeza para mirar otra vez la licorera, como si pensara en tomar otra copa luego pareció desechar la idea.

—Ojalá lo hiciera —dijo—. Pero existen tantas razones por las que tu padre podría querer que permanecieras en el Instituto... En lo que respecta a Valentine, no puedo permitirme confiar en nadie que haya estado bajo su influencia.

—También tú estuviste bajo su influencia —replicó Jace, y lo lamentó al instante al ver la expresión que apareció por un momento en el rostro de Maryse.

—Yo le repudié —dijo ella—. ¿Lo has hecho tú? ¿Podrías hacerlo? —Sus ojos azules eran del mismo color que los de Alec, pero Alec

jamás le había mirado así—. Dime que le odias, Jace. Dime que odias a ese hombre y a todo lo que representa.

Transcurrió un instante, y otro, y Jace, bajando la vista, vio que tenía los puños tan apretados que los nudillos se le destacaban, blancos y duros como las espinas en la columna vertebral de un pez.

—No puedo.

Maryse aspiró profundamente.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no puedes decir tú que confías en mí? He vivido contigo casi la mitad de mi vida. Deberías conocerme bien.

—Suenas tan sincero, Jonathan. Siempre lo has hecho, incluso cuando eras una criatura que intentaba cargarle las culpas a Isabelle o a Alec por algo que había hecho mal. Sólo he conocido a una persona en mi vida que pudiera resultar tan persuasiva como tú.

Jace sintió un sabor a cobre en la boca.

—Te refieres a mi padre.

—Para tu padre únicamente existían dos clases de personas en el mundo —continuó ella—: las que estaban a favor del Círculo y las que estaban en su contra. Las segundas eran enemigas, y las primeras, armas de su arsenal. Le vi intentar convertir a cada uno de sus amigos, incluso a su propia esposa, en una arma para la Causa, ¿y quieres hacerme creer que no habría hecho lo mismo con su propio hijo? —Negó con la cabeza—. Lo conocí muy bien. —Por primera vez, Maryse le miró con más tristeza que ira—. Eres una flecha disparada directamente al corazón de la Clave, Jace. Eres la flecha de Valentine. Tanto si lo sabes como si no.

Clary cerró la puerta del dormitorio en el que atronaba el televisor y fue en busca de Simon. Lo encontró en la cocina, inclinado sobre el fregadero y con el agua corriendo. Tenía las manos apoyadas en el escurridor.

—¿Simon?

La cocina era de un amarillo brillante y alegre, con las paredes decoradas con dibujos enmarcados en tiza y lápiz que Simon y Rebecca habían hecho en la escuela primaria. Rebecca tenía cierto talento para el dibujo, se podía ver, pero en los dibujos de Simon las personas parecían parquímetros con mechones de pelo.

Él no alzó la vista, aunque ella se dio cuenta, por el modo en que se le tensaban los músculos de los hombros, de que la había oído. Se acercó al fregadero y le puso una mano suavemente sobre la espalda. A través de la camiseta de fino algodón notó los marcados nudos de la columna vertebral y se preguntó si habría perdido peso. No podía saberlo mirándole, pues mirar a Simon era como mirar en un espejo; cuando se veía a alguien todos los días, no siempre se podían notar los pequeños cambios en el aspecto exterior.

—¿Estás bien?

Él cerró el grifo con un violento movimiento de muñeca.

—Claro. Estoy perfectamente.

Clary le puso un dedo en el lado de la barbilla y le hizo volver el rostro hacia ella. Sudaba, y los oscuros cabellos que le descansaban sobre la frente se le pegaban a la piel, a pesar de que el aire que entraba por la ventana medio abierta de la cocina era fresco.

—No tienes buen aspecto. ¿Ha sido la película?

Él no contestó.

—Lo siento. No debería haberme reído, es sólo...

—¿No recuerdas? —La voz de Simon sonó ronca.

—Yo... —Clary dejó que su voz se apagara.

Al recordarla, aquella noche parecía como una larga nebulosa de carreras, de sangre y sudor, de sombras atisbadas en entradas, de caer por el espacio. Recordó los rostros blancos de los vampiros, como recortables de papel contrastando con la oscuridad, y recordó a Jace sujetándola, gritándole con voz ronca al oído.

—No mucho. Es algo borroso.

La mirada de Simon se apartó veloz de ella y luego regresó.

—¿Te parezco distinto? —preguntó.

Clary alzó los ojos hacia él. Los de Simon eran del color del café solo: no realmente negros, sino de un marrón cálido e intenso sin una traza de gris o avellana. ¿Parecía distinto? Quizá hubiera un toque extra de seguridad en su porte desde el día en que había matado a Abbadon, el Demonio Mayor; pero también tenía cierto aire de cautela, como si esperara o estuviera pendiente de algo. Había notado lo mismo en Jace. Quizá sólo fuera la conciencia de la mortalidad.

—Sigues siendo Simon.

Él entrecerró los ojos como si se sintiera aliviado, y cuando las pestañas descendieron, ella vio lo angulosos que se le veían los pómulos. Sí que había perdido peso, se dijo, y estaba a punto de mencionarlo cuando él se inclinó y la besó.

Le sorprendió tanto el contacto de la boca de Simon en la suya que se quedó rígida, agarrándose al borde de la escurridera para sostenerse. Lo que no hizo, de todos modos, fue apartarle, y Simon, tomando aquello como una muestra de ánimo, le deslizó la mano tras la cabeza e intensificó el beso, separándole los labios con los suyos. La boca del muchacho era suave, más suave de lo que había sido la de Jace, y la mano que le sujetaba el cuello era cálida y tierna. Sabía a sal.

Clary dejó que los ojos se le cerraran y, por un momento, flotó aturdidamente en la oscuridad y el calor, sintiendo cómo los dedos de Simon se movían por sus cabellos. Cuando el estridente timbre del teléfono se abrió paso a través de la neblina que la envolvía, Clary dio un salto atrás como si él la hubiese apartado de un empujón. Se miraron fijamente el uno al otro durante un instante, en turbulenta confusión, como dos personas que de improviso se encuentran transportadas a un paisaje desconocido en el que nada resulta familiar.

Simon fue el primero en apartarse y alargar la mano hacia el teléfono, que colgaba de la pared junto al especiero.

—Diga.

Su voz sonaba normal, pero el pecho le ascendía y descendía ve-
loz. Le tendió el auricular a Clary.

—Es para ti.

Clary cogió el teléfono. Todavía notaba el martilleo del corazón
en la garganta, como las alas en movimiento de un insecto atrapado
bajo la piel.

«Es Luke, que llama del hospital. Algo le ha sucedido a mi ma-
dre.»

Tragó saliva.

—¿Luke? ¿Eres tú?

—No. Soy Isabelle.

—¿Isabelle?

Clary alzó los ojos y vio que Simon la observaba, apoyado en el
fregadero. El rubor de las mejillas le había desaparecido.

—Por qué estás... quiero decir, ¿qué sucede?

Había un hipido en la voz de la otra muchacha, como si hubiese
estado llorando.

—¿Está Jace ahí?

Clary incluso apartó el auricular para poder contemplarlo fija-
mente antes de volvérselo a colocar en la oreja.

—¿Jace? No. ¿Por qué tendría que estar aquí?

El susurro de Isabelle resonó por la línea telefónica igual que un
jadeo.

—Se ha ido.